

## ACTO PRIMERO

Sala en el Palacio de Tordesillas. En el foro izquierda, puerta que conduce á los aposentos de Doña Juana. A la izquierda, primer término, puerta grande que comunica el Palacio con el exterior. En el testero del fondo dos grandes retratos al óleo, uno de Isabel la Católica y otro de Carlos V (copia del de Ticiano, universalmente conocido). Mueblaje de la época.

### ESCENA PRIMERA

MOGICA, viejo servidor de Doña Juana, que ha sido su Maestrosala, y actualmente es Veedor ó Mayordomo; MARISANCHA, dueña al servicio de Doña Juana.

#### MOGICA

(Entrando por la izquierda, dirígese á Marisancha, que está limpiando el polvo de los muebles.) Pienso, Marisancha, que ha despertado ya Su Alteza.

#### MARISANCHA

Largo rato ha que dejó el lecho, y agora la tienes paseo arriba, paseo abajo, hablando

sola. Tenemos á nuestra señora, de algunos días acá, dígolo con reverencia, harto desconcertada.

## MOGICA

Déjame que te explique. Lo que con palabra ó gesto expresa la Reina, parece indicar que no anda sobrada de juicio. Por loca la tuvieron, y aún la tienen, los que no la conocen como yo. Su Alteza discurre atinadamente sobre cualquier asunto. Su único desconcierto consiste en no darse cuenta y razón del paso del tiempo. Ayer mismo me habló de la presencia de los Comuneros en Tor-desillas, cual si esto fuera un caso ocurrido poco ha. «Señora, considere que han pasado treinta y tantos años desde que estuvieron aquí aquellos valientes caballeros, que de Dios gocen.»

## MARISANCHA

Ya sé que para ella es lo mismo el antaño que el hogaño. Pero otras razones tenemos para dudar de su cabal juicio. Es público aquí y en toda Castilla que el mayor achaque de la señora es que está tocada ó inficionada de herejía.

## MOGICA

¡Pobre Marisancha! Tú no sabes lo que dices. Para que lo entiendas, te contaré un sucedido...; pero has de guardarme el secreto.

## MARISANCHA

Descuida; yo seré arca cerrada.

## MOGICA

(Con misterio.) Estando yo en Gante al servicio del Secretario Conchillos, llegó á visitar á Su Alteza en su palacio un holandés llamado Erasmo, el cual gozaba fama de hombre muy sabio; el más sabio de aquellos tiempos. Después de hablar afablemente con Su Alteza, la obsequió con un libro escrito por él.

## MARISANCHA

Ya, el misal de las herejías.

## MOGICA

No, no; el rótulo del tal libro es *Elogio de*

*la locura*, y debe ser obra muy cristiana cuando el Papa León X la leía y releía con deleite.

MARISANCHA

También la señora se recrea, y no tiene otro devocionario que esa *Locura* de D. Fantasma. Y ese libraco, que según dices tú lo leía el Padre Santo, lo guarda mi señora en su seno como reliquia, y de toda mirada curiosa lo recata. Cosa buena no será cuando así lo esconde. Y dígame más, Mogica: ¿Por qué nuestra señora no asiste nunca á los Divinos Oficios en la iglesia? (Mogica alza los hombros para dar á entender la confusión en que le pone Marisancha.) ¿Es que no atinas á contestarme?

MOGICA

Si atino, sí, Marisancha. ¿Crees tú, como yo, que la señora es buena, muy buena, hasta dejárselo de sobra?

MARISANCHA

Buena es de su natural, y sus servidores la queremos como á una madre.

MOGICA

¿Tiénesla por orgullosa y tiránica?

MARISANCHA

Eso no.

MOGICA

¿Sabes que en su mocedad amó á su marido locamente, y locamente le amó después de muerto?

MARISANCHA

Públicos fueron en Castilla sus arrebatos.

MOGICA

Y no ignorarás que encerrada en este triste palacio cincuenta años ha, se ha mantenido siempre resignada, soportando humillaciones sin cuento. (Mogica vigila la puerta para ver si alguien le oye.) Aquí, Marisancha, las paredes oyen, y hemos de medir cautelosamente nuestras palabras. (Bajando la voz.) ¡Chitón! En el tiempo que llevas aquí, habrás advertido que el Marqués de Denia, jefe de la Casa Real de la señora...

## MARISANCHA

Ya lo sabemos. No le guarda las consideraciones debidas á una Reina.

## MOGICA

El Rey Católico y Cisneros asignaron á Doña Juana una suma crecida para el sostén decoroso de esta señora, cuando la inhabilitaron para el gobierno de Castilla.

## MARISANCHA

Pero este Marqués de Denia, avariento y desvergonzado, aprovecha para su fachendosa mujer los coches, los palafrenes...

## MOGICA

(Vivamente.) Y toda la servidumbre de á pie y de á caballo, guardias..., monteros... y demás, que debían ser para la Soberana. Habrás visto, Marisancha, que la Reina nuestra señora no le disputa al Marqués estas grandezas, y permanece solitaria y obscura, mal alimentada y peor servida, como si aquí viviera de limosna.

## MARISANCHA

Así, así; como de limosna.

## MOGICA

Y ahora te pregunto yo: ¿No es esto virtud? ¿No es humildad? ¿No es cristianismo? ¿No es esto desprecio de las vanidades terrenas para elevar el espíritu á lo divino, á lo eterno?

## MARISANCHA

Sí; Doña Juana es una señora ejemplar, y lo sería más si asistiera á las cirimonias de nuestra religión.

## MOGICA

¿Qué entiendes tú de cirimonias ni de letanías? Nuestra Reina lleva la religión en su alma piadosa. Ama fervorosamente á los humildes, á los limpios de corazón. (Ve aparecer á Doña Juana por el foro izquierda, andando despacito.—Indicando silencio.) Viene como siempre, hablando sola. (Apártanse á un lado para no ser vistos.) Tan hecho estoy á verla en tal guisa, que por los movimientos de sus manos entiendo lo que á sí misma se dice.

MARISANCHA

¿Y qué se dice?

MOGICA

Cállate agora, que tiene el oído muy sutil  
y podría escucharnos.

ESCENA II

Los mismos.—DOÑA JUANA

DOÑA JUANA

(Que ha notado la presencia de sus servidores, se detiene y les mira.) ¿Quién está ahí? ¡Ah!... Mogica... Marisancha.

MOGICA

Sí, señora. Al ver llegar á Su Alteza, hemos comprendido, por el ademán de sus nobles manos, que se entretiene en contar los Principes, Reyes, Emperadores, que forman la muchedumbre de su augusta parentela.

DOÑA JUANA

Tantas son las cabezas coronadas que me

llaman madre, hermana, tía, abuela..., que no acierto á contarlas sin que se me escape alguna en la cuenta.

MOGICA

En la persona de Vuestra Alteza vive medio siglo de la historia del mundo.

DOÑA JUANA

Para mí no hay más historia que la de Castilla. De esta tierra ha salido todo lo grande que existe en la humanidad.

MOGICA

Y toda la gloria es para Vuestra Alteza.

DOÑA JUANA

No; para mí no hay gloria, Mogica. Yo no soy nadie; vivo en este aislamiento de Tordesillas viendo pasar las glorias ajenas, viendo pasar la historia..., ¡ay!..., que pasa sin dejar el menor rastro en mi existencia solitaria.

MARISANCHA

Señora: aquí viene la dama de Vuestra Alteza, doña Lisarda. (Entra doña Lisarda, y dirigiéndose á la Reina, le besa la mano.)

ESCENA III

Los mismos.—LISARDA, dama de buen porte y maneras aristocráticas.

LISARDA

Señora, he tardado porque me entretuve en repartir las limosnas que Vuestra Alteza me dió para los pobres.

DOÑA JUANA

Está bien. (Indicándole que se siente.)

LISARDA

He visto á los dos hidalgos que Vuestra Alteza quiere socorrer. Uno de ellos, el de Coceces, me ha entretenido contando los sucesos de la toma de Granada por la madre de

Vuestra Alteza. Él me contó también sus proezas, que por lo bizarras creyéranse tomadas del Romancero.

DOÑA JUANA

¿Y el otro hidalgo, el de Hornillos?...

LISARDA

Ese infeliz padece una fuerte podagra. Ya se le ha caído un pie, y está esperando que se le caiga el otro para concluir de una vez.

DOÑA JUANA

Pobre hombre; así acaba el que peleó gloriosamente en Italia bajo las banderas del Gran Capitán. Tú, Marisancha, no descuides tus quehaceres. (Al retirarse Marisancha, hace ademán de seguirla Mogica.) Mogica, quédate aquí; te necesito. (Mogica retráse hacia la izquierda.)

LISARDA

La Marquesa de Denia se ha ido hacia Rueda; lleva tres coches de gala y treinta ó más hombres de á caballo.

DOÑA JUANA

Vaya con Dios. No le envidio esas grandezas. Yo también saldría de Tordesillas; no con aparato de coches y caballos, sino con vos, Lisarda, y con la modesta servidumbre más allegada á mi persona. Y saldría para espaciarme en el campo, recorriendo aldeas y caseríos de gente menesterosa y rústica.

LISARDA

Pero esas escapatorias no las consentiría el de Denia.

DOÑA JUANA

¿Y no podríamos salir sin que mi guardián se percatara de ello?

LISARDA

Arriesgada y difícil sería esa salida; pero preparándola oportunamente, tal vez... (Con una idea súbita.) Nadie mejor que mi esposo podría...

DOÑA JUANA

¡Ah, sí! El buen Valdenebros, tan afecto á mi persona. ¿Está en Tordesillas?

LISARDA

Hoy ha vuelto de Villalba del Alcor, donde tenemos una granja que requiere vigilancia continua.

DOÑA JUANA

¿Y por qué no va Mogica á decir á Valdenebros que tenemos que hablarle?

MOGICA

(Adelantándose.) Aquí viene el señor Marqués de Denia con su Secretario, don Gaspar de la Cueva, y el señor Conde de Aguilar, enviado de Su Majestad Carlos V.

DOÑA JUANA

(A Mogica.) Retírate mientras el Marqués y esos señores hablan conmigo. (Mogica se desliza cautelosamente, ocultándose en la primera caja de la izquierda.)

## ESCENA IV

DOÑA JUANA, LISARDA, EL MARQUÉS DE DENIA, EL  
CONDE DE AGUILAR, DON GASPAR DE LA CUEVA

DENIA

(Besando la mano á Doña Juana con afectado respeto.) Señora, os veo en buena salud, y de ello se huelga verdaderamente vuestro servidor.

DOÑA JUANA

(Con fría indiferencia.) Gracias, Marqués. (Con leve puntillo de acrimonia.) Hartas pruebas tengo del interés que tomáis por mí.

DENIA

Presento á Vuestra Alteza al señor Conde de Aguilar, que viene á comunicaros la voluntad del Emperador Carlos V.

AGUILAR

Señora: el Emperador, mi amo; me envía para que le lleve nuevas de vuestra salud y...

DOÑA JUANA

¡Ah! ¿Sois vos, el que me trajo la noticia del saqueo de Roma y de la prisión de Clemente VII..., sucesos que ocurrieron estando mi hijo en Valladolid, cuando nació mi nieto Felipe, heredero del Trono?

DENIA

Señora, eso ocurrió hace largos años. Vuestra Alteza confunde las fechas...

DOÑA JUANA

Tenéis razón, Marqués; mi cabeza es un libro, en el cual no falta ninguna página, sólo que la numeración está borrada y las fechas son para mí letra muerta.

DENIA

El Conde de Aguilar, muy experto en neología, os prestará eficaz ayuda para ordenar las fechas. Y ahora, señora, deme licencia para retirarme, que asuntos pertinentes al servicio de Vuestra Alteza me llaman á otro lugar.



DOÑA JUANA

(Vivamente, deseando que se vaya.) Sí, Marqués, retiraos. No perdáis vuestro precioso tiempo al lado mío. El Conde de Aguilar me informará de lo que mi hijo desea.

DENIA

(Haciendo una reverencia se despide de la Reina, y cogiendo del brazo á su Secretario, le habla en secreto.) Quédate aquí, y con disimulo atiende á la conversación. No pierdas silaba de lo que la Reina contesta al César. (Vase el Marqués de Denia.)

ESCENA V

Los mismos, menos EL MARQUÉS DE DENIA.

AGUILAR

Señora: el Emperador, atento á la tranquilidad de su querida madre, así en lo temporal como en lo espiritual, le envía al santo varón Francisco de Borja para que la conforte y guíe sus actos en lo que sea menester.

DOÑA JUANA

¿El nieto del Papa Alejandro VI? ¿El Duque de Gandía, que fué caballerizo de mi nuera la Emperatriz Isabel? ¿El que la llevó á Granada para enterrarla junto á mi madre y mi esposo, y al descubrir el cadáver descompuerto, sintió tal emoción, que abandonó el siglo y se entregó en brazos de Ignacio de Loyola?

AGUILAR

El mismo, Señora; y en su nuevo estado da ejemplos edificantes de virtud y santidad.

DOÑA JUANA

Ya entiendo la misión que trae ese venerable sujeto. Mi hijo me lo manda como confesor. Pues decid á vuestro amo que, reconociendo como reconozco la extraordinaria virtud de Francisco de Borja, confesores tengo yo en mi casa para cuando los necesite. (Mostrando inclinación á la rebeldía.) Es, en verdad, muy extraño que mi hijo, en persona ó por embajada, no se llegue á mí sino para mortificarme. Nunca olvidaré su inhumano pro-

ceder conmigo cuando vino á España para ceñirse la Corona de estos reinos. Rompiendo tabiques y sobornando criados me fué arrebatada mi hija, la Infantita Catalina, que era mi único consuelo en esta soledad. ¡Oh desventura mía! ¡El trance más amargo que soportar pudo un corazón de madre!

AGUILAR

Perdone Su Alteza. El objeto del Emperador fué tan sólo que su inocente hermana adquiriera hábitos de persona regia, para que pudiese en su día enlazarse con algún Monarca reinante. Su Alteza no olvidará que á los pocos días se le devolvió la niña adornada con nuevas galas, propias de su alta estirpe.

DOÑA JUANA

(Protestando.) Se me devolvió la niña porque yo la reclamé con tesón de madre.

AGUILAR

Al lado vuestro permaneció Doña Catalina hasta que su hermano concertó casarla con Don Juan III de Portugal, y en Lisboa se en-

cuentra feliz. Terminado este desagradable incidente, que ha desviado nuestra conferencia del asunto principal, volvamos á la misión que hoy aquí me trae.

DOÑA JUANA

(Con displicencia.) El César, como llaman á mi hijo desde que fué coronado en Alemania, debiera ocuparse, más que en recomendarme confesores, en administrar los negocios de Castilla como cumple al Soberano de estos reinos. Mi hijo, desconocedor de las grandes virtudes de este pueblo, donde abundan los corazones rectos y las inteligencias despejadas, nos ha traído acá una nube de flamencos que devoran toda la riqueza, y á la postre nos llevarán á la completa ruina del suelo castellano. Esto diréis á mi hijo.

AGUILAR

(Desconcertado.) Señora: el Emperador no sólo desea vuestro bien, sino el bien de Castilla, y no me determino á comunicarle las desabridas quejas que acabo de oír de vuestros labios. Decidme, señora, alguna palabra que lleve al ánimo del Soberano la paz de que

está tan necesitado. Considere Su Alteza que su augusto hijo vive hoy agobiado por diferentes cuestiones temporales y espirituales, así en Castilla como en Aragón, en Italia, en Alemania y en los territorios africanos... (Pausa: Doña Juana, completamente abstraída, inclina la cabeza hasta tocar la barba con el pecho.) ¿Calláis, señora?

DOÑA JUANA

En este cautiverio, humillante para una Reina, mi respuesta no puede ser otra que el silencio. Silencio..., obscuridad..., olvido... (Se levanta, dando por terminada la visita. Levántase también doña Lisarda. El Conde de Agullar y don Gaspar de la Cueva, que en el final de esta escena se han mirado con marcado interés, se reunen, é inclinandose respetuosamente se retiran.)

### ESCENA VI

DOÑA JUANA, LISARDA, MOGICA, que ha permanecido oculto en la primera caja y asoma la cabeza.

DOÑA JUANA

¿Qué os parece, Lisarda, la contestación que he dado á mi hijo?

LISARDA

Muy bien, señora. Habéis hablado cual corresponde á una Reina de Castilla.

DOÑA JUANA

Por respeto al César me encerré en el silencio.

LISARDA

Digisteis silencio..., obscuridad..., olvido.

DOÑA JUANA

(Con firmeza.) Y completo esa idea, diciendo ahora libertad. No puedo permanecer en esta opresión tediosa, malsana.

LISARDA

Cuando venga Valdenebros trataremos de la evasión, á escondidas del Marqués. Ahora debe Su Alteza alimentarse, porque hace días que apenas come.

DOÑA JUANA

Ya veis que hago esfuerzo por alimentar-

me, venciendo la repugnancia de comer en tosca vajilla de barro, pues de la loza fina y de los vasos de plata se sirve la Marquesa para sus banquetes.

LISARDA

Pues si conseguimos salir libremente al campo, mi esposo y yo llevaremos á Su Alteza á nuestra finca de Villalba del Alcor, donde tenemos servicio esmerado, como corresponde á Vuestra Alteza.

### ESCENA VII

Dichos.—MARISANCHA; después MOGICA, VALDENEEROS.

MARISANCHA

Puede pasar Su Alteza al comedor, donde se le servirá un yantar pasadero hasta que vengan días mejores.

LISARDA

Y después de comer debe la señora ponerse otro vestido, para que pueda salir de Palacio

con dignidad. (Al retirarse hacia el comedor entran Mogica y Valdeneeros, caballero de mediana edad, de porte elegante.)

VALDENEEROS

Mogica me ha prevenido del propósito de salir al campo. Iremos á Villalba del Alcor sin pompa ni ruido, para que el Marqués, con su acostumbrada astucia, no nos corte el paso, impidiendo la inocente travesura de esta pobre Reina... Pero debo añadir que no es ocasión todavía; esperemos... Sigán. Que coma pronto la señora y que cambie de vestido. Yo aguardo aquí. (Vanse Doña Juana y Lisarda.)

### ESCENA VIII

MOGICA, VALDENEEROS

VALDENEEROS

Oye, Mogica: tú que eres un sabueso que todo lo huele y un lince que todo lo ve, ¿sabes dónde ha ido el Marqués de Denia?

MOGICA

Señor, yo entendí que fué á Rueda con la

Marquesa y toda la guardia; pero el cura de San Antolín hame dicho al entrar aquí que el Marqués ha ido á Simancas, á esperar á un elevado personaje que viene de parte del Emperador.

VALDENEBROS

¡Ah, ya! Ese elevado personaje es sin duda el que en el siglo se llamó Duque de Gandía... Pero tardarán en llegar aquí. Tenemos tiempo de preparar secretamente la salida de la Reina para su excursión campestre. Si la guardia no está saldremos á la arboleda de Foraño, y allí permaneceremos hasta la caída de la tarde. Seguramente el Marqués echará rayos y centellas contra los que favorecemos la salida de Su Alteza; pero yo afronto la responsabilidad del caso condolido del martirio de esta infeliz señora, encerrada años y años en este Palacio lúgubre, desatendida, mal alimentada y peor servida; esto clama al cielo. ¿Cómo ha de tener salud esta pobre mujer, que sólo es Reina en el nombre, á quien no se le permite siquiera el inocente recreo de hablar con sus súbditos y respirar el aire campesino?

MOGICA

(Con vehemencia.) Eso mismo digo yo; que el mejor remedio de las dolencias de esta señora, próxima al fin de sus días, será gozar de alguna libertad. ¿De qué creéis que provienen sus melancolías, sus delirios, su inapetencia y sus sombríos pensamientos?

VALDENEBROS

Tienes razón, Mogica. El Doctor Santa Cara, médico de Su Alteza, me ha dicho más de una vez que esta señora no puede estar sometida á tan nocivo aislamiento. Á esto añado yo que la planta más vigorosa y lozana, privada de aire y luz, se agosta y muere. Toda la vida de esta Reina ha sido un continuado suplicio. Primero el amor desatinado que tuvo á su esposo, la ingratitude de éste, su muerte; luego la resolución despiadada del Rey Católico y Cisneros, privándola del gobierno de Castilla para confinarla en este tétrico Palacio de Tordesillas, donde lleva ya medio siglo de cautiverio, como si estuviera expiando un delito. Esto no puede ser y no será. (Aparece por el fondo Doña Juana, con traje de

paseo; con su mano derecha se apoya en un bastón, y con la izquierda se agarra al brazo de Lisarda. Detrás viene Marisancha.)

### ESCENA IX

DOÑA JUANA, VALDENEBROS, LISARDA, MOGICA,  
MARISANCHA

DOÑA JUANA

(Con semblante alegre.) ¿Partiremos, Valdenebros?

VALDENEBROS

Sí, señora; pero hemos de esperar la ocasión propicia. No hay peligro por esta tardanza, porque así la salida será más fácil y segura.

DOÑA JUANA

(Que al saber la pronta partida, se expresa con desusada locuacidad.) Llevadme á la arboleda de Foraño. Saliendo yo una tarde del santuario de la Virgen de la Peña, con mi madre y mi hermana Catalina, que luego casó con Enrique VIII de Inglaterra y fué tan desgraciada como sabéis, vino á nuestro encuentro un enviado del Papa Alejandro VI, con una bula. ¿Os acordáis de esto, Lisarda?

LISARDA

¿Cómo he de acordarme, señora, si en ese tiempo yo no había nacido todavía?

DOÑA JUANA

Pues aquella bula era un mapa en que Su Santidad, trazando una línea de Norte á Sur, nos decía que la parte oriental era para los descubrimientos de Portugal y la occidental para los descubrimientos de España. Estas son grandezas de Castilla, grandezas que pasaron y no volverán. Mi madre elevó á Castilla hasta las más altas cumbres de la gloria, y en esto le ayudó aquel loco sublime Cristóbal Colón, que incorporó á Castilla los inmensos territorios del llamado Nuevo Mundo. Esos hechos están estampados en mi cabeza. Hubiera querido yo ser tan grande como mi madre; pero ya es tarde: yo no valgo nada.

VALDENEBROS

(Que vuelve, después de inspeccionar por el foro el exterior del edificio.) Señora, ya está libre la salida: vámonos al punto.

DOÑA JUANA

¡Ya respiro! ¡Ancha Castilla! Voy á ver mi pueblo. ¡Ampárame, Dios, en este último goce de mi vida! (Vanse por el fondo.)

ESCENA X

MOGICA; después DON GASPAR DE LA CUEVA.

MOGICA

(Mirando hacia el exterior.) ¡Buena me ha caído! Y si viene ahora el Marqués, ¿qué le digo? Pues, la verdad: que la Reina ha ido á espaciarse un ratito por el campo. (Asustado, viendo llegar á don Gaspar de la Cueva.) Aquí viene don Gaspar de la Cueva. Barrunto que el odioso Marqués no está lejos.

DON GASPAR

(Entrando.) Mogica: ¿Puedo ver á la Reina?

MOGICA

(Turbado, vacilando.) No sé, no sé.

DON GASPAR

Vengo de parte del Marqués á prevenirla para la visita del venerable Francisco de Borja.

MOGICA

¿Pero ya está aquí?

DON GASPAR

Ya viene. Pasad recado á la señora para que se disponga á recibir al mensajero del Emperador.

MOGICA

No puedo pasarle recado porque la señora no está en casa.

DON GASPAR

¿Cómo es eso?

MOGICA

Ha salido con doña Lisarda y el señor Valdenebros á holgarse un ratito en el campo. Pues el médico, señor Santa Cara, aconsejó que Su Alteza hiciera ejercicio y respirase el

aire sano y puro. La inmovilidad entumece á la señora y le agrava la tristeza y postración que padece.

DON GASPAR

¿Y cómo ha salido sin permiso del Marqués?

MOGICA

Ha ido por corto tiempo, y en todo caso se la llamaría para que volviese.

DON GASPAR

Ya viene aquí el Marqués con Francisco de Borja.

### ESCENA XI

DON GASPAR, EL MARQUÉS DE DENIA, MOGICA,  
FRANCISCO DE BORJA

DON GASPAR

(Saliendo al encuentro del Marqués.) Señor Marqués. Me dice Mogica que la Reina está en el campo. (Se adelantan Denia y Borja; éste es un señor de buena presencia, con barba, vestido con elegante sotana, faja y sombrero de alas cortas.)

DENIA

(Sorprendido y amostazado.) ¿Y ha salido sin mi licencia?

MOGICA

Yo, señor, ¿qué podía hacer?

DENIA

Pues impedirlo. Todos sois aquí unos ganapanes que no sabéis cumplir con vuestro deber.

MOGICA

Señor, yo no mando en la Reina ni en nada.

DENIA

(Furioso.) Pues yo mando en la Reina y en todo; y á ti, servidor desleal, voy á darte un trato de cuerda para que te acuerdes de mí mientras vivas.

BORJA

(Como fatigado de andar á pie, se sienta tranquilamente, se descubre y habla con la serenidad propia de un espíritu superior.) Calmaos, Marqués. No



seáis tirano con este pobre hombre. ¿Que la Reina ha salido de Palacio con su dama? ¿Tiene eso algo de irregular ó de indecoroso? De ninguna manera. Si está en casa de Valdenebros, allá iremos á buscarla.

DENIA

Voy á dar órdenes ahora mismo para que la traigan, de grado ó por fuerza.

BORJA

Doña Juana merece las atenciones más delicadas, no sólo por su alta jerarquía, sino por su endeble salud, agravada por el largo cautiverio en que se la tiene. Esto es una iniquidad. Seamos benignos con esta desgraciada Reina.

DENIA

Su hijo, el Emperador, no ha protestado nunca contra el trato que doy á su madre.

BORJA

Pues á eso contesto que el gran Carlos V me ha mandado aquí para que suavice los dolores de su anciana madre, alivie sus penas

y fortalezca su espíritu con la santa doctrina de Cristo Nuestro Señor.

DENIA

Trabajo os ha de costar reducir á la Reina á esa disciplina, pues Doña Juana se resiste tenazmente á todo acto religioso.

BORJA

Ya lo veremos. Esa es cuenta mia. Por de pronto, si ha ido á casa de Valdenebros dejémosla allí hasta mañana, y traigámosla con los mejores modos posibles para que no se agudicen sus trastornos físicos y espirituales.

DENIA

(Rezongando.) Está bien: se hará como decís; pero conste que vos seréis responsable de lo que ocurra.

BORJA

(Con dignidad, levantándose.) Respondo de eso y de cuanto sobrevenga en este negocio. Sabré cumplir siempre como sacerdote y como caballero.

Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO